JAVIER VILLAFAÑE

EL TEXTO DE LA VIDA

Es un titiritero bien atorrante, entrador, que nació en Buenos Aires hace 79 años y ahora, cuando viene el médico y le dice: "Dejá el vino, los viajes", él grita que tiene que terminar los cuatro tomos de sus memorias, diagramar el espectáculo con los chicos del San Martín, y que lo esperan en Kapurtala para una conferencia. Cuando el médico se va, enojado, Javier Villafañe explica: "Debe tener razón, pero yo hablo así, fuerte, para entretener a la muerte. Que se vaya a ocupar de un viejito más desocupado, le digo, y ella se va".

Se irían columnas en anotar su currículum, sus libros publicados. En estos días, varias editoriales —argentinas y españolas— traman reediciones de algunos de sus libros perdidos, fragmentos de esa máquina de vivir que es Villafañe. Dandy, este hombre que les habla a los niños con la muñeca, es un abuelo de barba que casi siempre viste una jardinera azul. Una charla con Miguel Briante, cuentos del mismo titiritero y el narrador uruguayo Eduardo Galeano intentan abordar ese texto de vida que es Javier Villafañe.





Javier Villafañe con un socio, en los caminos de España. Su teatrito. "El titiritero quiere que el teatro sea su cuerpo, su casa, su mundo."

UN ZORRO MAÑERO Y SIN PELOS AL CONTAR

Por Miguel Briante

No habla Javier Villafañe; narra. Con esa voz tranquila, pautada, que ya le da su esgrima de setenta y nueve años con la vida, escribe en el aire y se lee, tal vez, en la cara del interlocutor. Corrige, a veces, porque sabe que narrando, al revés de la vida, se puede elegir por dónde empezar. La historia de *Don Juan, el Zorro*, por ejemplo, que empezó en lo real. "Conocimos, en un pueblo, a un comisario que nunca había sido policía —se acuerda Javier—. Le gustaban los asados y le gustaba pintar. A la mujer le gustaban las gallinas." Fue allá por 1934, 35, cuando anduvo recorriendo el país, haciendo títeres, a bordo de "La Andariega": esa carreta, esos caballos de tiro. "Un día el comisario me dijo que quería domesticar un zorrito. Caricias, caricias, y el zorrito se convierte en un animal más cariñoso que un perro. Al tiempo me entero de que el zorrito rompió la soga con que lo tenían. Le mató todas las gallinas y no se comió ninguna." En la penumbra de su departamento del Abasto —donde lo recluye un resfrío, una fiebre—, Javier espera y, zorro viejo, sentencia: "Los zorros son así. Además le rompió los pomos y los pinceles y se fue".

Entonces escribió ese libro, al que subtituló: "Vida y meditaciones de un pícaro". Un libro que iban a quemar. "Porque es la vida del zorro, sus andanzas, el zorro que se va a morir, el zorro que canta a la muerte y canta coplas, feliz porque sigue viviendo. Porque el zorro dice que la vida es hermosa, que mientras él tenga un humito para poder zafar, a pesar de todo él quiere vivir. Pero llega un momento en que se muere de viejo, ya no es más que su esqueleto. Como es zorro, está en la trampa y se mete en el cielo. Y se aburre. Se le ocurre comerse un angelito. Lo echan. Va al purgatorio y no lo dejan entrar. No le queda más remedio que irse al infierno y le pasa lo mismo con el Miseria. El diablo tampoco quiere saber nada con él. Cuando don Juan se va, resignado, a vivir en la eternidad, vienen unos diablitos y él le pregunta al diablo qué andan haciendo esos sobrinitos suyos. Le dice que están preparando los martirios de aceite hirviendo, de hierros candentes, de llamas. El zorro se arrepiente. ¿Hace tiempo que usted no anda por la Tierra?, le pregunta el diablo. Bueno, le conviene visitarla. Váyase usted a la Argentina y va a aprender en una cárcel o en una comisaría a manejar un aparatito chiquito, limpio, no ensucia las manos, se llama la picana eléctrica. El diablo lo echó y el zorro se fue". El libro salió en la Editorial Claridad; en alguno de los gobiernos militares lo secuestraron y lo quemaron. "Al pobre zorro, que era un libro ingenuo". En otro gobierno militar, Javier se tuvo que ir.

Fue director de la Escuela de Títeres de Venezuela; después se fue a hacer la ruta del Quijote, por España. Un día, lo recibió el rey Juan Carlos de Borbón.

Pero antes, mucho antes, cuando apenas pasaba los veinte años, empezó un largo viaje, con "La Andariega". La pensó en el año 1933, pero salió en 1935. El escritor Enrique Wernicke —*La Ribera, Los que se van*— y su amigo, el poeta José Pedro Correa, habían descubierto, a los 17 años, los títeres de la Boca. "Era un teatro estable con un muñeco que hablaba en genovés y que representaba episodios de obras que duraban un año. Para mí fue una maravilla. Ver ese espectáculo donde las armaduras, el organito, el organillero, y ese público de adultos que veían el drama donde desfilaban diablos, brujos, serpientes, príncipes, papas. Me hice amigo de don Bastian de Terranova y su mujer, doña Carolina. La de ellos era una hermosa historia de amor y de fuga. Un día me la contaron. Te emociona estar frente a dos ancianos que ya no pueden caminar y que recuerdan que una vez huyeron y fueron perseguidos."

Se queda callado Javier; él también solía escaparse con mujeres, siempre enamorado. Silenciosa, Luz Marina, su mujer venezolana, tranquila y descalza, le sirve un té. "Vos tomá vino", me dice señalando la botella, con cierta nostalgia. "Me fui, y cada vez que terminaba una casa, que decía esta casa está linda, me echaban las mujeres", dice Javier.

Don Saulo Benavente le ajustó la visión de los títeres, tal vez de su destino. "Nos sentábamos, él siempre con sus papelitos, con las servilletitas de las confiterías. Porque tu teatro, Javier, tiene que ser una carpa, decía y dibujaba el teatro. Tiene que ser tu casa. Y a raíz de esa charla aparece el teatro que camina. El día en que pensé qué maravilla sería hacer un teatro que camina me di cuenta de que uno no inventa nada. Cuanto más uno cree que está fabulando algo, resulta que es algo que se usó muchos años atrás. Era el teatro del juglar, el titiritero medieval, el teatro del titiritero chino. Es el tipo que lleva su teatro en el cuerpo, en la capa y levanta la capa y los títeres asoman por arriba." Hay más: el despojo, eso de ir perdiendo siempre algo —el sonido, los títeres— y tener que arreglarse en cualquier lugar del mundo, con lo que se encuentre: una papa, una zanahoria, un trapito.

Y que la historia suene, fuerte, atrás. Recluido por su leve enfermedad, Javier sopla: "Imaginate que vino un médico y me dijo: 'Vos ya no podés viajar tanto, Javier. El otro día estuviste en Esquel, cero grado. Después el avión, al otro día acá'. Ahora me dicen que no puedo hablar, justo a mí. Imaginate, en un proyecto con unos chicos del San Martín. Tengo que ir a Mozambique. Así que le pregunté al hombre que vino a pintar el departamento y me dijo que sí, que puedo viajar. Ese que trabaja sabe, no el médico". Porque "La Andariega" salió así. Con Juan Pedro, una vez, vieron a dos hombres y un carro; uno de los hombres llevaba las riendas, el otro, atrás, tirado sobre una carga de pasto, miraba el cielo. "Nos pareció hermoso. Eso fue una tarde de octubre en Buenos Aires, en la calle Azcuénaga entre Charcas y Paraguay".

Tardaron en salir. Primero se fueron con "La Andariega" a un baldío de San Isidro. Era 1932. "Pero tardamos en salir porque Juan Pedro se enamoraba y llegó un momento en que había una chica que estudiaba interna en una escuela de monjas de Belgrano cuya familia era alemana y vivía en Mi-

CENA DE CAMARADERIA

Todos los años, desde el primer aniversario de su muerte —ella murió el 23 de julio de 1932 (Q.E.P.D.)—, se reunían a comer los convágines.

La noche del 23 de julio de 1933 —la primera cena de camaradería— asistieron setenta y ocho convágines. Algunos fueron con su mujer y sus hijos, otros con sus novias, otros solos. Y el convágine más joven —un estudiante de arquitectura— fue con su abuelo, un venerable anciano. Llegaron telegramas de convágines que estaban en el extranjero, ramos de flores, tarjetas.

Jamás en esas cenas de camaradería se habló de ella. Jamás se pronunció su nombre. Los convágines comían y bebían. Hablaban de negocios, de historia, de fútbol, de filosofía, de inundaciones, de incendios. Se trataban de usted. Tenían distintas actividades. Unos eran médicos, otros deportistas, otros militares, otros músicos, otros contrabandistas, otros poetas, otros martilleros, otros industriales.

Las señoras y las novias de los convágines hablaban de modas y quedaban en visitarse al día siguiente. Y los niños, después del postre, se dormían con los codos sobre la mesa.

Los convágines se abrazaban al despedirse.

Las señoras y las novias de los convágines se besaban en las mejillas.

—Hasta el año que viene.

—Hasta el año que viene.

En la cena de camaradería del 23 de julio de 1939, el abuelo del convágine más joven, el venerable anciano, dijo al despedirse:

—Lamento no poder decir: "Hasta el año que viene"; porque tengo los días contados. Pero vendrá mi nieto.

Y los años pasaron como pasan las casas desde la ventanilla de un tren, como pasa el agua por debajo de un puente.

El 23 de julio de 1963 fueron tres convágines a la cena de camaradería, y se despidieron.

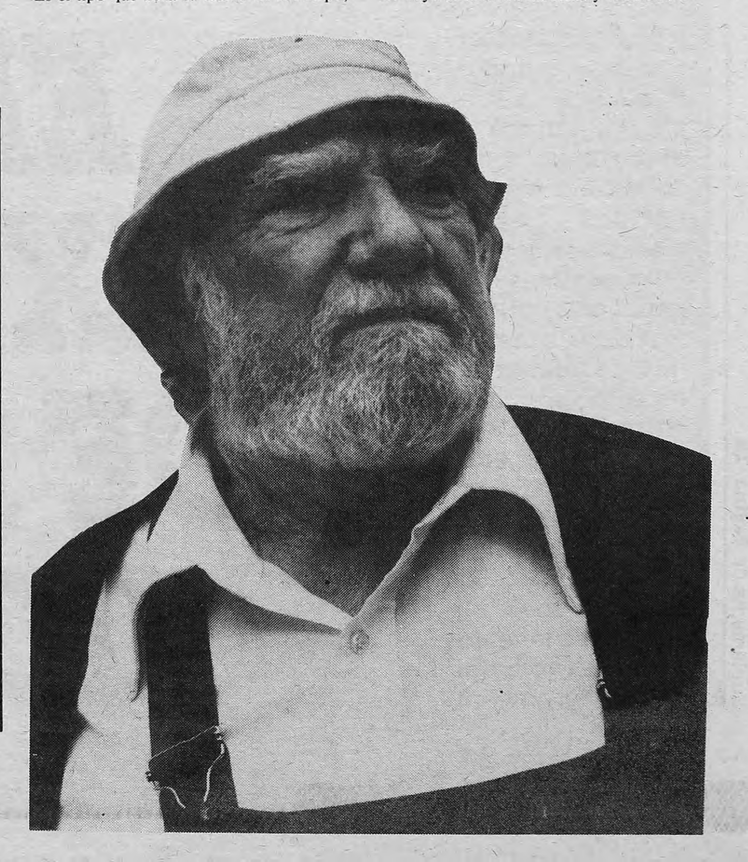
—Hasta el año que viene.

El 23 de julio de 1964 fueron dos convágines a la cena de camaradería, y se despidieron.

—Hasta el año que viene.

El 23 de julio de 1965 fue un solo convágine a la cena de camaradería. Comió. Los mozos lo ayudaron a levantarse. Se apoyó en un bastón. Le temblaba la copa en la mano, y brindó. No pudo decir una sola palabra.

De *Circulen caballeros*, libro de Javier Villafañe, editado en Hachette.

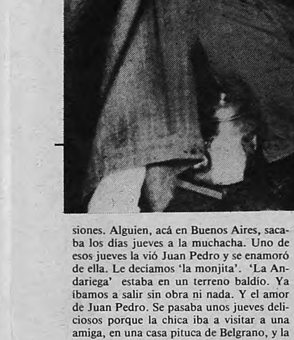




Javier Villafañe con un socio, en los caminos de España. Su teatrito. ''El titiritero quiere que el teatro sea su cuerpo, su casa, su mundo.''

UN ZORRO MAÑERO Y SIN PELOS AL CONTAR

Por Miguel Briante



Con el pintor Liber Fiedman, en Asunción del Paraguay, en 1938.

Con Enrique Wernicke, entre otros amigos, en la Estancia El Tala, de Luján.

No habla Javier Villafañe; narra. Con esa voz tranquila, pautada, que ya le da su esgrima de setenta y nueve años con la vida, escribe en el aire y se lee, tal vez, en la cara del interlocutor. Corrige, a veces, porque sabe que narrando, al revés de la vida, se puede elegir por dónde empezar. La historia de *Don Juan, el Zorro,* por ejemplo, que empezó en lo real. ''Conocimos, en un pueblo, a un comisario que nunca había sido policía —se acuerda Javier—. Le gustaban los asados y le gustaba pintar. A la mujer le gustaban las gallinas.'' Fue allá por 1934, 35, cuando anduvo recorriendo el país, haciendo títeres, a bordo de ''La Andariega'': esa carreta, esos caballos de tiro. ''Un día el comisario me dijo que quería domesticar un zorrito. Caricias, caricias, y el zorrito se convierte en un animal más cariñoso que un perro. Al tiempo me entero de que el zorrito rompió la soga con que lo tenían. Le mató todas las gallinas y no se comió ninguna.'' En la penumbra de su departamento del Abasto —donde lo recluye un resfrío, una fiebre—, Javier espera y, zorro viejo, sentencia: ''Los zorros son así. Además le rompió los pomos y los pinceles y se fue''.

Entonces escribió ese libro, al que subtituló: ''Vida y meditaciones de un pícaro''. Un libro que iban a quemar. ''Porque es la vida del zorro, sus andanzas, el zorro que se va a morir, el zorro que canta a la muerte y canta coplas, feliz porque sigue viviendo. Porque el zorro dice que la vida es hermosa, que mientras él tenga un humito para poder zafar, a pesar de todo él quiere vivir. Pero llega un momento en que se muere de viejo, ya no es más que su esqueleto. Como es zorro, está en la trampa y se mete en el cielo. Y se aburre. Se le ocurre comerse un angelito. Lo echan. Va al purgatorio y no lo dejan entrar. No le queda más remedio que irse al infierno y le pasa lo mismo con el Miseria. El diablo tampoco quiere saber nada con él. Cuando don Juan se va, resignado, a vivir en la eternidad, vienen unos diablitos y él le pregunta al diablo qué andan haciendo esos sobrinitos suyos. Le dice que están preparando los martirios de aceite hirviendo, de hierros candentes, de llamas. El zorro se arrepiente. ¿Hace tiempo que usted no anda por la Tierra?, le pregunta el diablo. Bueno, le conviene visitarla. Váyase usted a la Argentina y va a aprender en una cárcel o en una comisaría a manejar un aparatito chiquito, limpio, no ensucia las manos, se llama la picana eléctrica. El diablo lo echó y el zorro se fue''. El libro salió en la Editorial Claridad; en alguno de los gobiernos militares lo secuestraron y lo quemaron. ''Al pobre zorro, que era un libro ingenuo''. En otro gobierno militar, Javier se tuvo que ir.

Fue director de la Escuela de Títeres de Venezuela; después se fue a hacer la ruta del Quijote, por España. Un día, lo recibió el rey Juan Carlos de Borbón.

Pero antes, mucho antes, cuando apenas pasaba los veinte años, empezó un largo viaje, con ''La Andariega''. La pensó en el año 1933, pero salió en 1935. El escritor Enrique Wernicke —*La Ribera, Los que se van*— y su amigo, el poeta José Pedro Correa, habían descubierto, a los 17 años, los títeres de la Boca. ''Era un teatro estable con un muñeco que hablaba en genovés y que representaba episodios de obras que duraban un año. Para mí fue una maravilla. Ver ese espectáculo donde las armaduras, el organito, el organillero, y ese público de adultos que veían el drama donde desfilaban diablos, brujos, serpientes, príncipes, papas. Me hice amigo de don Bastian de Terranova y su mujer, doña Carolina. La de ellos era una hermosa historia de amor y de fuga. Un día me la contaron. Te emociona estar frente a dos ancianos que ya no pueden caminar y que recuerdan que una vez huyeron y fueron perseguidos.''

Se queda callado Javier; él también solía escaparse con mujeres, siempre enamorado. Silenciosa, Luz Marina, su mujer venezolana, tranquila y descalza, le sirve un té. ''Vos tomá vino'', me dice señalando la botella, con cierta nostalgia. ''Me fui, y cada vez que terminaba una casa, que decía esta casa está linda, me echaban las mujeres'', dice Javier.

Don Saulo Benavente le ajustó la visión de los títeres, tal vez de su destino. ''Nos sentábamos, él siempre con sus papelitos, con las servilletitas de las confiterías. Porque tu teatro, Javier, tiene que ser una carpa, decía y dibujaba el teatro. Tiene que ser tu casa. Y a raíz de esa charla aparece el teatro que camina. El día en que pensé qué maravilla sería hacer un teatro que camina me di cuenta de que uno no inventa nada. Cuanto más uno cree que está fabulando algo, resulta que es algo que se usó muchos años atrás. Era el teatro del juglar, el titiritero medieval, el teatro del titiritero chino. Es el tipo que lleva su teatro en el cuerpo, en la capa y levanta la capa y los títeres asoman por arriba.'' Hay más: el despojo, eso de ir perdiendo siempre algo —el sonido, los títeres— y tener que arreglarse en cualquier lugar del mundo, con lo que se encuentre: una papa, una zanahoria, un trapito.

Y que la historia suene, fuerte, atrás. Recluido por su leve enfermedad, Javier sopla: ''Imaginate que vino un médico y me dijo: 'Vos ya no podés viajar tanto, Javier. El otro día estuviste en Esquel, cero grado. Después el avión, al otro día acá'. Ahora me dicen que no puedo hablar, justo a mí. Imaginate, en un proyecto con unos chicos del San Martín. Tengo que ir a Mozambique. Así que le pregunté al hombre que vino a pintar el departamento y me dijo que sí, que puedo viajar. Ese que trabaja sabe, no el médico''. Porque ''La Andariega'' salió así. Con Juan Pedro, una vez, vieron a dos hombres y un carro; uno de los hombres llevaba las riendas, el otro, atrás, tirado sobre una carga de pasto, miraba el cielo. ''Nos pareció hermoso. Eso fue una tarde de octubre en Buenos Aires, en la calle Azcuénaga entre Charcas y Paraguay''.

Tardaron en salir. Primero se fueron con ''La Andariega'' a un baldío de San Isidro. Era 1932. ''Pero tardamos en salir porque Juan Pedro se enamoraba y llegó un momento en que había una chica que estudiaba interna en una escuela de monjas de Belgrano cuya familia era alemana y vivía en Misiones. Alguien, acá en Buenos Aires, sacaba los días jueves a la muchacha. Uno de esos jueves la vió Juan Pedro y se enamoró de ella. Le decíamos 'la monjita'. 'La Andariega' estaba en un terreno baldío. Ya íbamos a salir sin obra ni nada. Y el amor de Juan Pedro. Se pasaba unos jueves deliciosos porque la chica iba a visitar a una amiga, en una casa pituca de Belgrano, y la amiga la sacaba a dar una vuelta y por ahí se escondía y se metía en el cuarto de la mucama. Juan Pedro, el titiritero feliz y la monjita dichosa.

Un jueves, cuando va la amiga, le dicen que no la busque más, que los padres se la llevaron a Misiones. El viernes Juan Pedro salía para Misiones. La buscó por todo Santos Dumont. Por eso no salían. Juan Pedro tenía experiencia en esas desapariciones. ''Años atrás se había enamorado de una polaca que había conocido en París. Habían pasado una semana hermosa pero Juan Pedro quería extender siempre el amor y le dijo a la polaca que se quería casar con ella. El padre de Juan Pedro era un señor muy serio, un infernal señor. El padre estaba en Berlín y le había dejado a Juan Pedro un lista de museos para ver en París. Llegaba al mes. Todo el conocimiento que tiene Juan Pedro de París son los ojos, la nariz, los pechos, las rodillas de la polaca. Nada, ni un museo. Sacó una fotografía chiquita del Sena y otra de ellos dos. Entonces le dijo a la polaca que se quería casar. Ella creyó que era una broma. Pero sacó la visa y se fueron a Varsovia. De Varsovia Juan Pedro sabe más porque se enamora del centro de Varsovia y de toda Varsovia porque la polaca le dijo: 'Esperáme aquí. Allí viene mi tío y quiero que lo veas'. Pasaron mil tíos y miles de gentes y no vino la polaca y se quedó solo, solo, solo. Entonces fue a una pensión, compró una guía, amplió la fotografía de ella y recorrió casa por casa, puerta por puerta, preguntando: '¿Conocen a esta muchacha?' Cuando recorrió todas las casas de Varsovia volvió a París.''

El padre le preguntó: ''Qué tal, ¿qué te pareció el Louvre?'', Maravilloso, papá: ''¿Los impresionistas?'' Maravillosos. Todo era maravilloso. Pero se volvió muy triste porque no vio más a la polaca. Esa historia le gustaba mucho a un amigo mío polaco que era actor. Un día me dijo: ''Vamos a visitar Varsovia a ver si encontramos alguien que nos pueda dar datos de la polaca. Juan Pedro ya tenía un oficio en buscar novias y amantes perdidas, cuando llegó a Misiones. Se descubrió que la habían llevado a Alemania. Vino a Buenos Aires para irse a Alemania, pero en el camino pensó que ''La Andariega'' servía para olvidar muchas cosas y encontrar otras cosas.

—¿Y se fueron?

—No, como todo el mundo nos preguntaba cuándo se van, llevamos ''La Andariega'' de Belgrano a un terreno baldío de Vicente López. Teníamos un amigo, el viejo Facio, al que le habíamos regalado una carpa. Vivimos mucho tiempo con Juan Pedro en una carpa. El viejo estaba en la carpa, pusimos ''La Andariega'' por ahí. El viejo Facio decía que tenía en su carpa el sillón presidencial que había sido de Yrigoyen. Era un sillón que habían tirado al río. Tenía una alfombra que era una bolsa, y un cepillo de dientes. Cuando llegamos le dijimos: ''Vamos a pasear''. ''No puedo —dijo el viejo Facio—, estoy con mi novia.'' Le dijimos: ''Hay un boliche acá en la esquina, te invitamos a comer a vos y a tu novia''. Y fue el viejo Facio con su novia. Era una bella mendiga con el pelo muy alborotado y una peineta, y unos guantes rotos. Al día siguiente le dejamos a cuidar ''La Andariega'' y nos fuimos a buscar más cosas, a escondernos para que la gente creyera que nos habíamos ido. Tardamos dos días en volver. Cuando llegamos, Facio estaba sentado. ''¿Qué tal, Facio?'' ''Y la novia, Facio?''. ''Las mujeres, todas las mujeres son putas''. ''¿Qué te pasó?'' ''Me robó.'' ''¿Qué te robo?'' ''La alfombra y el cepillo de dientes''.

El viejo Facio tenía muchos perros y los hacía formar por escuadra. Y tenía un perro ladrón de botellas de vino que un día le pegaron un palo. Tenía un perro que robaba carne, un perro que hacía pruebas, otro que era marinero. Tenía un perro que no hacía nada, era ocioso. El lo quería igual.

También conoció a Raúl González Tuñón. Javier iba con *El violín del diablo*, por la calle y un hombre lo paró y le preguntó si le gustaba el libro. Javier recitó un poema. El hombre era Tuñón: ''A Javier, de Raúl, en la calle'', le dedicó. Fueron, un tiempo, inseparables. ''En aquel tiempo —dice Javier— todos eran mayores que yo.'' Andaban con Juan Pedro, con Sebastián Tallón, con el otro Tuñón, Enrique, con Poroto Botana. ''Un día Poroto me anunció que se quería suicidar. Le dije que estaba bien pero que fuéramos a un campito que él tenía. Salimos, una tarde, para que él se suicidara a la intemperie. Vi un carrito, lindísimo; le pedí que me lo regalara. Me dijo que le costaría mucho desprenderse del carrito. Creo que no se suicidó de egoísta, para no regalármelo.'' Otro de los amigos, un poeta, vivía en un durmiente. ''No, no en la vía. En un depósito de durmientes que estaba cerca de la estación Colegiales. El vivía, esperá que me acuerdo, en el durmiente AZ 2002.'' Viajaron; Javier estaba en el Partido Comunista Argentino y salieron en delegación para Polonia, a un festival de la juventud. En barco. Iban chilenos, uruguayos. Iba Violeta Parra. Una noche habíamos tomado mucho vino. ''Era un vino riquísimo, íbamos en clase única. Yo estaba haciendo la cola para lavarme la cara y un turco que volvía a Europa para ver si encontraba a una novia, me dijo: 'Señor, por favor, me presta el cepillo de dientes'. Y después me lo devuelve. Alguien me dice: 'Tirálo', y yo digo: '¿Cómo voy a tirar el cepillo de dientes? Por qué lo voy a tirar? Qué prejuicios tiene la gente'. A los pocos días a mí se me ocurre tirarle cosas al mar. Los dos estábamos en el juego ése, que empezaba por un juego y terminaba en una cosa tan real. ¿Qué están haciendo? Enloqueciendo a las sirenas. Tiré un reloj al mar para que tuvieran un reloj las sirenas. Los documentos, el pasaporte, la cédula no los podíamos tirar porque van en el barco. No sé si los hubiéramos tirado. Supongo que no''.

Pero también dice que otra noche, en otro barco, en otra borrachera lo tiró. Vio al mar tan solo, que le tiró el pasaporte, para acompañar.

Horas, días, años puede estar contando, Javier. El viaje por la ruta del Quijote estuvo siempre colgado en su vida. ''Desde el año '37, cuando vivíamos en la canoa, en el río Uruguay. Mi compañero era un marinero loco, anarquista alemán. Hacíamos títeres en los puertos y embarcaderos argentinos y uruguayos. Una vez yo le decía al alemán: 'Si se pudiera hacer esa ruta, la del Quijote'. Y se puede, decía él. Era un tipo fabulador. 'Si nosotros subimos el río Uruguay —decía— llegamos a un bar que se llama Brasil'. Javier le dijo: ''Pero el río ya no va por ahí''. ''Pero yo levanto la canoa —decía el anarquista— y vos llevás el teatro de títeres. Cruzamos. Cuando llegamos a Río de Janeiro preparamos la canoa y nos vamos. Llegamos a España.'' Javier dice que había que seguirle el juego. Así que le jugó una pulseada y se dejó ganar: ''Como vos sos el más fuerte —dice Javier que le di-





CENA DE CAMARADERIA

Todos los años, desde el primer aniversario de su muerte —ella murió el 23 de julio de 1932 (Q.E.P.D.)—, se reunían a comer los convágines.

La noche del 23 de julio de 1933 —la primera cena de camaradería— asistieron setenta y ocho convágines. Algunos fueron con su mujer y sus hijos, otros con sus novias, otros solos. Y el convágine más joven —un estudiante de arquitectura— fue con su abuelo, un venerable anciano. Llegaron telegramas de convágines que estaban en el extranjero, ramos de flores, tarjetas.

Jamás en esas cenas de camaradería se habló de ella. Jamás se pronunció su nombre. Los convágines comían y bebían. Hablablan de negocios, de historia, de fútbol, de filosofía, de inundaciones, de incendios. Se trataban de usted. Tenían distintas actividades. Unos eran médicos, otros deportistas, otros militares, otros músicos, otros contrabandistas, otros poetas, otros martilleros, otros industriales.

Las señoras y las novias de los convágines hablaban de modas y quedaban en visitarse al día siguiente. Y los niños, después del postre, se dormían con los codos sobre la mesa.

Los convágines se abrazaban al despedirse.

Las señoras y las novias de los convágines se besaban en las mejillas.

—Hasta el año que viene.

—Hasta el año que viene.

En la cena de camaradería del 23 de julio de 1939, el abuelo del convágine más joven, el venerable anciano, dijo al despedirse:

—Lamento no poder decir: ''Hasta el año que viene''; porque tengo los días contados. Pero vendrá mi nieto.

Y los años pasaron como pasan las casas desde la ventanilla de un tren, como pasa el agua por debajo de un puente.

El 23 de julio de 1963 fueron tres convágines a la cena de camaradería, y se despidieron.

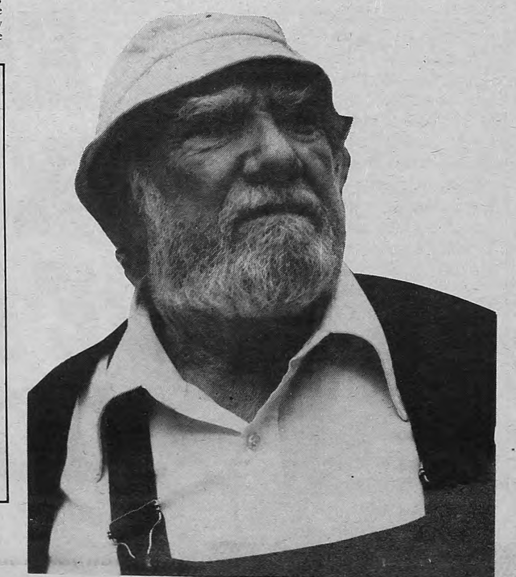
—Hasta el año que viene.

El 23 de julio de 1964 fueron dos convágines a la cena de camaradería, y se despidieron.

—Hasta el año que viene.

El 23 de julio de 1965 fue un solo convágine a la cena de camaradería. Comió. Los mozos lo ayudaron a levantarse. Se apoyó en un bastón. Le temblaba la copa en la mano, y brindó. No pudo decir una sola palabra.

De *Circulen caballeros*, libro de Javier Villafañe, editado en Hachette.



EL VENDEDOR DE PAJAROS

El anciano dijo:

—Qué lástima que todos mis hijos y mis nietos se hayan muerto. Esta noche regresarán los diez pájaros que vendí hoy en la feria. Los mismos que vendí ayer. Los mismos que vendo desde hace muchos años.

Regresarán como siempre a la jaula. El último que llega es el que cierra la puerta. Después la abren. Salen uno detrás de otro para dormir sobre mi pecho, en mis zobacos, entre mis piernas y despertarme al amancer cantando y picotear en la barba unas migas de pan, unos granos de arroz, algún fideo, lo que cae del tenedor y la cuchara en la cena y beber unas gotas de vino, ese trago que no alcanza la lengua y se queda en los labios para ellos.

Qué lástima que todos mis hijos y mis nietos se hayan muerto. Qué lástima. Podían seguir viviendo de este oficio de vender pájaros.

Los cacé sin redes, sin tramperas, sin herirlos. Los cacé en la selva extendiendo los brazos como un mendigo. Y vinieron a posarse en mis manos. Diez dedos, diez pájaros. Eran pichones. No sabían cantar. Los puse en el suelo, en fila. Destapé una botella de vino, la bebí y cuando estaba vacía, mojé con la lengua el corcho y froté la botella. Con esa música les enseñé a cantar. ''Así se canta'' —les dije—. Y cantaron. Después les enseñé a volar y a volver a la jaula, y aprendieron. Después los llevé a la feria y los vendí. Volvieron a la jaula esa noche. Siempre volvieron a la jaula.

Qué lástima que todos mis hijos y mis nietos se hayan muerto.''

De *Circulen caballeros.*

Domingo 20 de noviembre de 1988



Con el pintor Liber Fiedman, en Asunción del Paraguay, en 1938.

Con Enrique Wernicke, entre otros amigos, en la Estancia El Tala, de Luján.

siones. Alguien, acá en Buenos Aires, sacaba los días jueves a la muchacha. Uno de esos jueves la vió Juan Pedro y se enamoró de ella. Le decíamos 'la monjita'. 'La Andariega' estaba en un terreno baldío. Ya íbamos a salir sin obra ni nada. Y el amor de Juan Pedro. Se pasaba unos jueves deliciosos porque la chica iba a visitar a una amiga, en una casa pituca de Belgrano, y la amiga la sacaba a dar una vuelta y por ahí se escondía y se metía en el cuarto de la mucama. Juan Pedro, el titiritero feliz y la monjita dichosa.

Un jueves, cuando va la amiga, le dicen que no la busque más, que los padres se la llevaron a Misiones. El viernes Juan Pedro salía para Misiones. La buscó por todo Santos Dumont. Por eso no salían. Juan Pedro tenía experiencia en esas desapariciones. "Años atrás se había enamorado de una polaca que había conocido en París. Habían pasado una semana hermosa pero Juan Pedro quería extender siempre el amor y le dijo a la polaca que se quería casar con ella. El padre de Juan Pedro era un señor muy serio, un infernal señor. El padre estaba en Berlín y le había dejado a Juan Pedro un lista de museos para ver en París. Llegaba al mes. Todo el conocimiento que tiene Juan Pedro de París son los ojos, la naríz, los pechos, las rodillas de la polaca. Nada, ni un museo. Sacó una fotografía chiquita del Sena y otra de ellos dos. Entonces le dijo a la polaca que se quería casar. Ella creyó que era una broma. Pero sacó la visa y se fueron a Varsovia. De Varsovia Juan Pedro sabe más porque se enamora del centro de Varsovia y de toda Varsovia porque la polaca le dijo: 'Esperáme aquí. Allí viene mi tío y quiero que lo veas'. Pasaron mil tíos y miles de gentes y no vino la polaca y se quedó solo, solo, solo. Entonces fue a una pensión, compró una guía, amplió la fotografía de ella y recorrió casa por casa, puerta por puerta, preguntando: '¿Conocen a esta muchacha?' Cuando recorrió todas las casas de Varsovia volvió a París."

El padre le preguntó: "Qué tal, ¿qué te pareció el Louvre?", Maravilloso, papá. "¿Los impresionistas?" Maravillosos. Todo era maravilloso. Pero se volvió muy triste porque no vio más a la polaca. Esa historia le gustaba mucho a un amigo mío polaco que era actor. Un día me dijo: "Vamos a visitar Varsovia a ver si encontramos alguien que nos pueda dar datos de la polaca. Juan Pedro ya tenía un oficio en buscar novias y amantes perdidas, cuando llegó a Misiones. Se descubrió que la habían llevado a Alemania. Vino a Buenos Aires para irse a Alemania, pero en el camino pensó que "La Andariega" servía para olvidar muchas cosas y encontrar otras cosas.

—¿Y se fueron?

—No, como todo el mundo nos preguntaba cuándo se van, llevamos "La Andariega" de Belgrano a un terreno baldío de Vicente López. Teníamos un amigo, el viejo Facio, al que le habíamos regalado una carpa. Vivimos mucho tiempo con Juan Pedro en una carpa. El viejo estaba en la carpa, pusimos "La Andariega" por ahí. El viejo Facio decía que tenía en su carpa el sillón presidencial que había sido de Yrigoyen. Era un sillón que habían tirado al río. Tenía una alfombra que era una bolsa, y un cepillo de dientes. Cuando llegamos le dijimos: "Vamos a pasear". "No puedo —dijo el viejo Facio—, estoy con mi novia." Le dijimos: "Hay un boliche acá en la esquina, te invitamos a comer a vos y a tu novia". Y fue el viejo Facio con su novia. Era una bella mendiga con el pelo muy alborotado y una peineta, y unos guantes rotos. Al día siguiente le dejamos a cuidar "La Andariega" y nos fuimos a buscar más cosas, a escondernos para que la gente creyera que nos habíamos ido. Tardamos dos días en volver. Cuando llegamos, Facio estaba sentado. "¿Qué tal, Facio?" "Y la novia, Facio?". "Las mujeres, todas las mujeres son putas". "¿Qué te pasó?" "Me robó." "¿Qué te robo?" "La alfombra y el cepillo de dientes".

El viejo Facio tenía muchos perros y los hacía formar por escuadra. Y tenía un perro ladrón de botellas de vino que un día le pegaron un palo. Tenía un perro que robaba carne, un perro que hacía pruebas, otro que era marinero. Tenía un perro que no hacía nada, era ocioso. El lo quería igual.

También conoció a Raúl González Tuñón. Javier iba con *El violín del diablo*, por la calle y un hombre lo paró y le preguntó si le gustaba el libro. Javier recitó un poema. El hombre era Tuñón: "A Javier, de Raúl, en la calle", le dedicó. Fueron, un tiempo, inseparables. "En aquel tiempo —dice Javier— todos eran mayores que yo." Andaban con Juan Pedro, con Sebastián Tallón, con el otro Tuñón, Enrique, con Poroto Botana. "Un día Poroto me anunció que se quería suicidar. Le dije que estaba bien pero que fuéramos a un campito que él tenía. Salimos, una tarde, para que él se suicidara a la intemperie. Vi un carrito, lindísimo; le pedí que me lo regalara. Me dijo que le costaría mucho desprenderse del carrito. Creo que no se suicidó de egoísta, para no regalármelo." Otro de los amigos, un poeta, vivía en un durmiente. "No, no en la vía. En un depósito de durmientes que estaba cerca de la estación Colegiales. El vivía, esperá que me acuerdo, en el durmiente AZ 2002." Viajaron; Javier estaba en el Partido Comunista Argentino y salieron en delegación para Polonia, a un festival de la juventud. En barco. Iban chilenos, uruguayos. Iba Violeta Parra. Una noche habíamos tomado mucho vino. "Era un vino riquísimo, íbamos en clase única. Yo estaba haciendo la cola para lavarme la cara y un turco que volvía a Europa para ver si encontraba a una novia, me dijo: 'Señor, por favor, me presta el cepillo de dientes'. Y después me lo devuelve. Alguien me dice: 'Tirálo', y yo digo: '¿Cómo voy a tirar el cepillo de dientes? Por qué lo voy a tirar? Qué prejuicios tiene la gente'. A los pocos días a mí se me ocurre tirarle cosas al mar. Los dos estábamos en el juego ése, que empezaba por un juego y terminaba en una cosa tan real. ¿Qué están haciendo? Enloqueciendo a las sirenas. Tiré un reloj al mar para que tuvieran un reloj las sirenas. Los documentos, el pasaporte, la cédula no los podíamos tirar porque van en el barco. No sé si los hubiéramos tirado. Supongo que no".

Pero también dice que otra noche, en otro barco, en otra borrachera lo tiró. Vio al mar tan solo, que le tiró el pasaporte, para acompañar.

Horas, días, años puede estar contando, Javier. El viaje por la ruta del Quijote estuvo siempre colgado en su vida. "Desde el año '37, cuando vivíamos en la canoa, en el río Uruguay. Mi compañero era un marinero loco, anarquista alemán. Hacíamos títeres en los puertos y embarcaderos argentinos y uruguayos. Una vez yo le decía al alemán: 'Si se pudiera hacer esa ruta, la del Quijote'. Y se puede, decía él. Era un tipo fabulador. 'Si nosotros subimos el río Uruguay —decía— llegamos a un bar que se llama Brasil'. Javier le dijo: "Pero el río ya no va por ahí". "Pero yo levanto la canoa —decía el anarquista— y vos llevás el teatro de títeres. Cruzamos. Cuando llegamos a Río de Janeiro preparamos la canoa y nos vamos. Llegamos a España." Javier dice que había que seguirle el juego. Así que le jugó una pulseada y se dejó ganar: "Como vos sos el más fuerte —dice Javier que le di-



EL VENDEDOR DE PAJAROS

El anciano dijo:

—Qué lástima que todos mis hijos y mis nietos se hayan muerto. Esta noche regresarán los diez pájaros que vendí hoy en la feria. Los mismos que vendí ayer. Los mismos que vendo desde hace muchos años.

Regresarán como siempre a la jaula. El último que llega es el que cierra la puerta. Después la abren. Salen uno detrás de otro para dormir sobre mi pecho, en mis zobacos, entre mis piernas y despertarme al amancer cantando y picotear en la barba unas migas de pan, unos granos de arroz, algún fideo, lo que cae del tenedor y la cuchara en la cena y beber unas gotas de vino, ese trago que no alcanza la lengua y se queda en los labios para ellos.

Qué lástima que todos mis hijos y mis nietos se hayan muerto. Qué lástima. Podían seguir viviendo de este oficio de vender pájaros.

Los cacé sin redes, sin tramperas, sin herirlos. Los cacé en la selva extendiendo los brazos como un mendigo. Y vinieron a posarse en mis manos. Diez dedos, diez pájaros. Eran pichones. No sabían cantar. Los puse en el suelo, en fila. Destapé una botella de vino, la bebí y cuando estaba vacía, mojé con la lengua el corcho y froté la botella. Con esa música les enseñé a cantar. "Así se canta" —les dije—. Y cantaron. Después les enseñé a volar y a volver a la jaula, y aprendieron. Después los llevé a la feria y los vendí. Volvieron a la jaula esa noche. Siempre volvieron a la jaula.

Qué lástima que todos mis hijos y mis nietos se hayan muerto."

De *Circulen caballeros*.



jo— el teatro lo llevás vos''. Un tiempo después, estaban en una aldea india del Brasil, haciendo títeres. ''Había antropólogos, sociólogos, hasta un analista famoso.'' ¿Un analista? ''Bueno, uno de esos que vos vas y te confesás'', dice el titiritero. ''Pobre, la mujer se le fue con un enano. Sí, de raza enana, que podría haber trabajado en un circo. ¿Te das cuenta? ¿Un analista famoso que no tenga en cuenta la existencia de los enanos?'', dice Javier.

Con el tiempo, el viaje fue posible. Le ayudó el rector de la Universidad de Venezuela. ''Yo le dije que podríamos hacer un viaje por La Mancha llevando sobre los hombros nuestro taller de libro, y que yo iba a hacer una antología de la poesía de Venezuela, con hojas voladoras.''

Arrancaron tres. Llegaron a ser veinte. ''A Baika Dávalos lo encontramos a punto de suicidarse, en Barcelona. Se quería tirar del monumento a Cristóbal Colón. Se vino con nosotros, hacía la crónica de nuestro teatrito y se la daba a los diarios de la zona. Así se salvó''. Después, a Javier lo recibió el rey Juan Carlos de Borbón.

Cuenta:

—Yo estaba haciendo un libro que a lo mejor un día lo termino. Era preguntarle a la gente ¿cuál era el cuento que le contaban cuando era chico que más le gustaba? Era difícil porque no se acordaban. Rómulo Gallego era muy viejo y me dice: ''Me contaban muchos cuentos, mi padre, mi hermana, pero todos esos cuentos que me contaban cuando era chico están en mis libros''. Le dije: ''Hay un cuento de un zoológico, de un circo''. Me dijo: ''Ahí está, ése era uno de los cuentos que me contaron y yo después lo contaba''. Yo le preguntaba no sólo a poetas sino también a tipos que hacen cosas, por ejemplo, un enterrador. Los que laburan, un molinero. Un día voy a preguntarle al rey y al Papa, me decía. Estando en España, porque hay pocos reyes, lo fui a ver al rey. Conseguí una entrevista por intermedio de la embajada de Venezuela. Yo no sabía cómo decirle al rey. El me recibió. Yo entré a verlo sin auto. Atravesamos jardines y jardines y los soldados y militares me saludaban. Voy a una sala, después a otra, están llenas de condecoraciones. Me hacen pasar a la sala del rey, al Palacio. Sale el rey. Alto es el rey, ¿sabés? Sonríe. Me da la mano. Yo no sabía cómo hacer. Alguien me dijo que se le decía Su Majestad, el rey. Yo no me había manejado con reyes nunca en mi vida, salvo en el teatro de títeres. Charlamos y le pregunto cuál era el cuento que más le gustaba de los que le contaban cuando era chico. El rey me habló del padre y lo dijo de una manera irónica que también a los infantes les cuentan cuentos. Y me hizo una pregunta estupenda. Además de preguntar esto, ¿por qué no preguntar cuál es el libro que uno buscó por primera vez? Me dijo:''Yo quiero pensar, porque me interesa mucho esto. Quiero pensar, usted me escribe a esta dirección, anotó, y yo le voy a contestar''. Seguimos conversando del viaje de La Mancha, esas cosas. Cuando me voy a ir me dijo: ''Me imagino que usted no tiene auto''. Digo: ''No, no tengo auto''. ''Bueno, voy a hacer que lo lleven en mi coche''. Entonces subí al auto del rey. Yo vivía en Ventas, un barrio de gente linda. Le digo al chofer: ''Aquí las llaves las tienen arriba''. Mentira, yo las tenía encima, pero quería que el barrio me viera en el auto del rey. Tocaba bocina y no salía nadie. Hay un bar donde pueden estar, fuimos a uno, a otro y nada. Lo mejor es ir a pie. Me quedé en un bar. Vino un amigo y le dije que si llegaba unos minutos antes me veía en el auto del rey. ''¿Subiste al auto del rey?''. ''Sí''. ''Hay que ser boludo, Javier, mirá si te ponen una bomba.'' Unos días después mandé la carta. Al poco tiempo llega la carta del rey donde me dice que el cuento que buscó él fue *Platero y Yo*. Buscó el primer libro que se acordó, el rey.

Hace un rato ha sonado el teléfono. Ahora, Luz Marina le dice que era una amiga, una titiritera, que quería venir con seis alumnas a verlo. Ella le ha dicho que de ninguna manera, que Javier está enfermo y tiene que cuidarse y no puede ver a nadie.

—¿Eso le dijiste? —le dice el viejo zorro con cariño—. Vos sos loca. Yo con seis alumnas me curo enseguida, che.





Maese Javier en el camino de Don Quijote

Por Eduardo Galeano

Javier Villafañe tenía veintipocos años cuando se lanzó al camino por primera vez. Sus títeres lo acompañaron en aquella carreta destartalada que recorrió los campos de la Argentina, en 1933, ofreciendo alegrías. Armó después su teatro de marionetas en una canoa y anduvo por los ríos; años más tarde atravesó el mundo en una casa rodante. Las aldeas de los Andes venezolanos descubrieron los títeres en los dedos de maese Javier, y cuando parecía que iba a quedarse quieto en Mérida, de un salto cruzó la mar y se vino a La Mancha, a seguir las huellas de Don Quijote.

En un viejo carromato tirado por una mula

—Es que no hay quien te pare —comentó.

—No soy yo. Son ellos —dice maese Javier, y brotan las marionetas de una pequeña valija: el Caballero de la Mano de Fuego, el Diablo, Maese Trotamundos, María, el Capitán, el Mago, el Fantasma tío, el Fantasma sobrino, la Muerte, el Tío tigre...

En Argamasilla de Alba armaron el carretón y contrataron a una mula de nombre Montañesa. Junto a maese Javier, emprendieron viaje, maese Paulino y un titiritero español, Paco Porras, que llegó con su mujer, artista de la guitarra, y su hija que hacía hablar a una gallina y a un cuervo.

—Esos pueblos de La Mancha son para quedarse y caminarlos de a poco. Allí la gente conversa en silencio, mirando cómo sube el humo de la pipa, retomando charlas de hace cien años. En otoño sacan las sillas al sol. Las mujeres tejen sus mortajas, para entrar al cielo vestidas.

Maese Trotamundos

Maese Javier le tenía prometido el viaje a su marioneta preferida, maese Trotamundos.

—Un titiritero no puede traicionar ni abandonar a sus títeres, porque ellos le prolongan la mano.

Maese Trotamundos es el más respondón, el único que protesta, porque en la maleta donde duerme, el cuchillo es de cartón y el revólver de lata. Maese Trotamundos nació hace medio siglo, en Buenos Aires. Nació pálido y de pelo largo; vino al mundo con amplia capa negra, sombrero aludo y corbata voladora. La sonrisa, fría, brotó de la punta de una lima de uñas que la señora de un profesor de lógica olvidó en dormitorio ajeno.

Una carta en el bolsillo

Cuando llegaron a Ciudad Real, maese Javier viajó a Madrid. Volvió del Rastro con un abrigo recién comprado, un poco gastado, pero digno.

En el bolsillo del abrigo, encontró una carta escrita en alemán. Tiempo después, alguien la tradujo. Era una carta de despedida: ''Al dibujarte en la nieve, sabía que tu imagen iba a vivir la eternidad de unos minutos. Hay que dibujar en la nieve. Construir con humo y aire, siempre con humo en el aire. Es hermosa Madrid. Me da los últimos soles de mi vida''. Firmaba *Friedrich*.

Cuentos de marionetas

Tres días en el corral de comedias de Almagro. Maese Javier ofrece *El Pícaro Burlado*, también llamada *Chímpete Chámpata*. Actúa a la vez en dos escenarios, corriendo por escaleras de piedra que habían sido trajinadas por mil músicos y cómicos de la legua, mimos, juglares, saltimbanquis...

En Bolaños, en la posada de Paco el Carbonero, un vecino invitó a la comparsa a comer en su casa. Ese vecino les contó la fórmula mágica de la ensaladilla de bacalao, también llamada *atascaburras*.

—Hay que controlar las manos, para que no se vaya ni una pizca de más, ni se quede una pizca de menos. Sobre todo en los aliños, que son los que dan alma.

El vecino elogió la pimienta, el comino, el laurel, el orégano y el humilde perejil.

Terminó la comida y siguió el vino. Maese Javier contó cuentos de marionetas y titiriteros. Contó la historia del colega venezolano que se metió de polizón en un barco y a la salida de Vigo ofreció pagar el pasaje en funciones de títeres. Trabajó durante todo el viaje. Improvisó marionetas con papas, plumas, servilletas, pañuelos y un lápiz de labios.

—Porque un buen titiritero hace títeres sin títeres —dice maese Javier—. El teatro empieza por aquí —y señala el corazón—, sigue por aquí —señala la cabeza—, y termina aquí —y levanta las manos, abiertas como estrellas de cinco puntas.

Sobre la inestabilidad del matrimonio

En Puertollano, maese Javier casó con María del Rosario, bailarina de un salón nocturno. La boda duró una semana, siete días y siete noches de fiesta corrida. El divorcio llegó al octavo día, cuando maese Javier le regaló un collar de campanillas.

—Este es el collar que usarás mientras dure nuestro amor, que será eterno.

—¡Mierda de collar! —dijo ella, y lo estrelló contra la pared—. Yo no soy una cabra para usar eso.

Cuentos de niños

En Daimiel conocieron a Caín. Caín era un ermitaño descalzo, que atravesó el pueblo vestido de túnica, morral a la espalda, pelo sin color que le tapaba la cara.

—¡Yo no maté a mi hermano! —gritaba Caín—. ¿Quién puso en mi mano esa piedra?; ¿quién me hizo arrojarla sobre su frente? ¡Yo no maté a mi hermano!

También conocieron, como en todo el camino, a muchos niños. Y maese Javier recogió, como en todo el camino, sus cuentos.

Cuenta María de los Angeles, de seis años: ''Había una vez un caballo blanco. Vivía solo en el monte. Nadie podía montar encima de él porque era muy veloz. Ni por la noche podían montar encima de él. Dormía en una cueva que nadie conocía''.

Cuenta Miguel Angel, de siete años: ''Hace muchos años, Don Quijote y Sancho Panza hicieron un viaje muy largo y en el camino se encontraron con unos enmascarados y se creyeron que era un cuento y es verdad y sigue siendo verdad en el mundo''.

La fuente de Juvencia

Viso del Marqués, Santa Cruz de Mudela, Valdepeñas, Moral de Calatrava, Manzanares. En Manzanares fueron invitados al cumpleaños de un viejo que cumplía noventa y ocho años con el cigarro en la boca.

—Andaba en bicicleta y corría. Jamás había tomado un remedio. Conocía a un médico, porque era su compinche en los tragos, el dominó y el mus. Tenía la fórmula de vida eterna: no privarse de nada. Decía que beber pone al hígado feliz y al corazó contento. Aconsejaba huir de los tristes y cambiar de mujer. También nos dijo que eran imprescindibles, todas las mañanas en ayunas, un diente de ajo y el zumo de un limón. ¡Ah! Y sazonar la comida con hierba de cabra, que va en contra de la corriente de los ríos.

Las marionetas dicen adiós a La Mancha

Manzanares, Membrilla, Puertollano. En Puertollano se dispersó la comparsa y en Alcázar de San Juan fue el final.

—Por culpa de él —dice maese Javier, y señala al Trotamundos, que se esconde en la maleta.

—¿Por qué?

—Se enamoró.

—¿De quién?

De un golpe, Maese Trotamundos destapa la maleta. Despliega su capa negra y alzando las dos manos proclama:

—¡Estoy enamorado de Genoveva de Brabante!